

Una gran pérdida, la del “Chichi” do Carmo

El 28 de agosto nos sacudió. Se nos murió El “Chichi” do Carmo, por más datos Isidoro Ruben do Carmo Andrade. Un hombre entregado a sus semejantes y sus ideales. Un íntegro.

Había nacido en Guaviyú de Arapey, en Salto, quien sabe hace cuantos años. En la Escuela Agraria de Artigas se hizo perito. Luego a Montevideo, a la Fuerza Aérea, en su Escuela Técnica, donde tantos recalaban por no tener respaldo para afincarse en la capital. Le gustó y le tomó el gusto a los cielos y sus secretos, se hizo un vocacional. Lo mandaron a los cursos de perfeccionamiento en la malhadada Escuela de las Américas, donde brilló y llegó a ser abanderado. En ese curso, una anécdota, los dejaron en la selva para una prueba de subsistencia, con exigua ración de alimentos. No comió los primeros días y cambiaba alimentos por cigarrillos. Terminó con sobrante de alimentos, y con stock para iniciar una tabacalera.

Pero paralelamente hizo el Liceo en Maroñas y Preparatorios (IAVA), e ingresó en la Facultad. Y también paralelamente entró a militar contra el proceso en marcha. Hasta había incluso olfateado algunas busecas golpistas, y en esa lid llegaron a mojarlo todo, porque estaba agazapado detrás de unos arbustos.. Lo prendieron y la muchachada del proceso lo sometió a los vejámenes especialísimos, muy especiales para los que ellos consideraban traidores.

Fue a parar a Libertad. Allí fue un preso ejemplar, -el hombre numerado con el 1256-, que no aflojó, y prestó sus conocimientos en la atención médica de sus compañeros presos, y supo pasarle por encima a turbulencias y ordinariéces.

Pero mantuvo siempre su compenetración con su opción de soldado del aire. Lejos de repudiar su condición de militar siempre se enorgulleció de ello. Tanto, que reparado recientemente, lucía orgulloso su uniforme de Mayor de la Fuerza Aérea, paseándose orondo haciendo la venia..

Obviamente El Chichi había tenido y siempre tuvo claro quienes servían como lacayos las órdenes imperiales.

Salió enterito de la cárcel. Muchos le dieron vuelta la cara, muchos que no debieron dársela, pero no pudieron hacer mella en su calidez, esa, su candidez inviolable. Pero le sirvió para separar bagres de tarariras.

Tuvo que esperar que lo dejaran volver a sus estudios, pero al final se hizo médico. Se especializó en psicología médica, más específicamente en la atención de enfermos oncológicos, quizás una premonición porque un cáncer terminó con su vida, pero nunca pudo vencer su sonrisa.



El Dr. Isidoro do Carmo en agosto de 2007 en momentos de recibir la Distinción Sindical del SMU de manos del Dr. Francisco Cópola.

Sabía sazonar su andar con cuentos de cuando decía haber sido domador, tropero, alambrador o esquilador, aflojando su picardía, inocultable en su sonrisa reveladora. En La Floresta, se despertaba tempranito, iba a buscar el diario, despertaba a todos, y decía que venía de ordeñar. Se enteró que ni siquiera sabía poner un tornillo una vez que vino con un paragolpe roto, reflexionando que había sido mecánico de aviones y no había podido con un simple tornillo. Pero si sabía los nombres de sus torturadores, e incluso los torturadores de otros compañeros.

La actividad gremial no le fue ajena, No militaba para hacerse ver, lo hizo con responsabilidad y conocimiento profundo. Leía todas las actas de las reuniones del Casmu y del Sindicato, y registraba todo sobre conflictos y relaciones laborales. Por eso el Sindicato le otorgó la Orden al Mérito Sindical.

Siempre, en todas se jugó por Cuba y su revolución, sin permitirse debilidades ni patrinqueos. Y murió siendo Presidente de la Casa de la Cultura y Amistad Uruguay-Cuba.

Mucho se hizo querer, su vida valió la pena. Tanto, como ha valido la pena conocerlo y quererlo.

Hombres como él, de entrega sin límites, franco, con la justicia como divisa, dejan de pertenecer a chacras o sectores. Para siempre y por siempre son de todos.

Y para ponerle final, la síntesis de Carlos Liscano. Así se nos fue. Queda su humor, su ejemplo de militar democrata, de militante sindical. Y de muchacho de pueblo que, allá lejos y hace tiempo, sintió que había llegado al mundo para cambiarlo.